

El valor como Hegemonía.

Value as Hegemony.

Rodrigo Steimberg*

Fecha de Recepción: 20 de Septiembre de 2012

Fecha de Aceptación: 15 de Noviembre de 2012

Resumen: *El presente trabajo intenta seguir el desarrollo de las determinaciones del valor para mostrar en él la forma en la que, en palabras de Laclau y Mouffe, la negatividad adquiere una forma concreta específica. Es decir, se propone abordar a la mercancía cómo célula de la unidad de la producción y consumo de la vida sociales. Una vez expuesto que en esta célula se esconde la producción efectiva de la equivalencia entre distintos concretos útiles, indagaremos si, entonces, puede ser pensada su “lógica” como una que se ajusta a la de la equivalencia, tal como esta es presentada en Hegemonía y Estrategia Socialista. A estos fines, analizaremos como exponente de la lógica social descrita por Laclau y Mouffe la contradictoria, y por tanto posible, relación entre instancias sociales que la representación política supone.*

Palabras clave:

Mercancía, Valor, Antagonismo, Totalidad social

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnica (CONICET), Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), Argentina. Correo electrónico: tumberodo@hotmail.com

Abstract: *This paper attempts to trace the development of value determinations to show how, in words of Laclau and Mouffe, negativity acquires a concrete form. That is, it is proposed to address the commodity as unit cell of social production and consumption. Once exposed that what is hidden in this cell is the actual production of the equivalence between different useful objects, we will investigate if, then, this logic can be thought as one that fits the equivalence one, as it is presented in Hegemony and Socialist Strategy. To this end, we will discuss as an exponent of social logic described by Laclau and Mouffe, the contradictory, and therefore possible, relationship between social instances that political representation involves.*

Keywords: *Commodity, Value, Antagonism, Social totality.*

La representación imposible.

Laclau y Mouffe dan cuenta de aquello que, a mediados de la década del ochenta, entienden como crisis del marxismo. En su versión teórica, en esa crisis está en juego la validez de pensar a un grupo social -la clase obrera- como sujeto histórico de la superación del modo de producción capitalista. Ante este panorama, los autores se proponen desarticular todos aquellos discursos que ataban la acción política a unos supuestos intereses sociales brotados de alguna instancia específica de la formación social. En resumidas cuentas, y a los fines del presente trabajo, Laclau y Mouffe analizan todos los supuestos necesarios de una teoría que no parta de la existencia de sujetos sociales portadores de intereses históricos inmanentes a su posición, sino que sea capaz de pensar cómo los propios intereses se configuran a partir de la acción política, siendo que la acción política, en su propio discurrir, se articula a sí misma como portadora de los intereses que crea. Es decir, Laclau y Mouffe desarrollan una lógica específica de lo social. Esta lógica es la lógica de la equivalencia o del antagonismo.

Para los autores, el supuesto general del marxismo, tanto de sus fundadores como de Gramsci, -cuyo desarrollo es para Laclau y Mouffe el que más se ajusta al suyo propio-, es que la identidad de los sujetos sociales (es decir, para nuestros intereses, de la clase obrera y de la burguesía) se encuentra meramente expresada en el plano político. Con ello, la aparición de los sujetos en la instancia política no es más que un mostrarse algo que ya disponen, una identidad ya-siempre vigente, así sea que esa su mostración no se corresponda con esta última identidad (en este caso, con los intereses que le corresponden como sujetos). Ahora bien, en la propia noción de expresión Laclau y Mouffe encuentran el elemento en el que estalla la lógica de la equivalencia.

Si los intereses de los grupos sociales se manifiestan en las luchas políticas¹, entonces lo político representa otra cosa, está en lugar de identidades que lo superan, que le son exteriores. Sin embargo, no puede ocurrir que la lucha política sea una instancia tal que lo que en ella tome forma no se corresponda de alguna manera con las identidades surgidas en alguna otra instancia social, pues la lógica de la expresión o de la manifestación implica que lo que aparece, en su aparecer, señala algo más que lo que aparece, aquello que se representa en la aparición. Es decir, no puede haber representación sin haber un representante y un representado, lo cual implica que haya dos instancias o arenas en las cuales se dividen las relaciones sociales. Pero, a la vez, el planteo de la representación hace de lo representado algo idéntico a sí mismo. Sólo se puede representar algo que adquiere su consistencia antes de ser representado, algo presentado para sí mismo. En este caso, una posición de sujeto allende su manifestarse en la lucha política. El núcleo de la argumentación de la representación o manifestación de intereses brotados de las relaciones económicas en la lucha política -“la lucha de la clase obrera”-, necesita que en la segunda, en el elemento en el que lo representado se representa, haya algo que señale que es justamente representación de lo representado. Es decir, la representación supone que lo representado aparece en lo representante. La representación necesita entonces tanto de una separación entre representante y

¹ Como los autores lo tratan a nivel general, no es pertinente ya de qué tipo de grupo se trata, pues lo que se impugna es el principio en sus términos abstractos

representado, como de su unidad, de algún tipo de relación que indique que lo que aparece es aparición de algo. Dicen los autores:

“La representación se constituye, por tanto, no como un tipo definido de relación, sino como el campo de una oscilación inestable cuyos puntos de fuga son, según hemos visto, o bien la literalización de la ficción a través del corte de todo lazo entre representante y representado, o bien la desaparición de la identidad separada de ambos a través de su absorción como momentos de una identidad única”².

Retomemos las palabras de Laclau y Mouffe. Si se cortara la posibilidad de que una relación política represente otra cosa que a sí misma (en el caso que presentamos, nuevamente, se trata de la identidad de la clase obrera y de la burguesía engendrada en relaciones de producción determinadas), se tornaría efectiva la separación inherente a toda representación, con lo que se desbarataría la posibilidad de la representación misma. Es decir, no habría más que esferas de acción absolutamente separadas. Sin embargo, esta posibilidad no es más que un rodeo para presentar la identidad de estas esferas de acción, identidad igualmente impugnada por la lógica de la equivalencia. Pues si las esferas política y económica constituyeran campos efectivamente delimitados, entonces su identidad se ofrecería como dada y tendríamos delante una suma de campos con sus reglas determinadas. Es decir, tendríamos delante una identidad compuesta con anterioridad al acontecer de su propia relación. Escriben Laclau y Mouffe:

“Pero el hecho mismo de que la reducción de lo social a la interioridad de un sistema fijo de diferencias es imposible, implica que también lo es la pura exterioridad, ya que las identidades, para ser totalmente externas las unas respecto a las otras, requerirían ser totalmente internas respecto a sí mismas: es decir, tener una identidad plenamente constituida que no es subvertida por ningún exterior. Pero esto es precisamente lo que acabamos de rechazar. Este campo de identidades que nunca logran ser plenamente fijadas es el campo de la sobredeterminación. Ni la fijación absoluta ni la no fijación absoluta son, por tanto, posibles.”³

² Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal, *Hegemonía y Estrategia Socialista*. Buenos Aires: FCE, 2011, 162-163

³ Laclau y Mouffe, *op. cit.*, 150-151.

Los autores rechazan tanto la idea de representación que supone que hay algo para representar antes de ser representado, como la idea de pura exterioridad entre esferas sociales que en vez de tomar a la representación como una unidad, se detiene ante la inmediatez identitaria de los elementos o las instancias en las que la representación toma forma. Una vez rechazada tanto la posibilidad de una totalidad social, dado que esta supondría alguna forma de unidad subyacente, como la de los elementos que la componen e incluso la de la positividad de las relaciones mismas entre ellas⁴, ¿cómo pensar la lógica de lo social?

Ya sabemos que la diferencia de lo social no puede radicarse en una diferencia sustantivada, que convierta a lo social en una totalidad limitada respecto de otra cosa. Dicen Laclau y Mouffe:

“El límite de lo social no puede trazarse como una frontera separando dos territorios, porque la percepción de la frontera supone la percepción de lo que está más allá de ella, y este algo tendría que ser objetivo y positivo, es decir, una nueva diferencia. El límite de lo social debe darse en el interior mismo de lo social como algo que lo subvierte, es decir, como algo que destruye su aspiración a constituir una presencia plena”⁵.

La diferencia no puede estar más allá de lo social. Si la diferencia cayera entre la sociedad y otra cosa, entonces habría una diferencia con otra cosa, pero no una diferencia interior a lo social. Es decir, la diferencia supone un algo en el que ella ocurre, algo que no se puede simplemente distinguir de otro, porque entonces, de nuevo, eso otro sería distinto de lo que es distinto, sería una otra cosa respecto de la cosa en la que cae la diferencia. Es decir, tratando de pensar lo diferente, la distinción que signa lo social, la encontraríamos en una pura limitación con respecto a otra cosa. El límite, entonces, debe ser interior a la sociedad (que en este ámbito no puede ser definida),

⁴ Si se descarta la identidad de la totalidad y de los elementos componentes, es igualmente legítimo rechazar la de la relación como tal. Es decir, no se puede sostener la positividad de algún tipo de relación porque la propia relación supone objetos a relacionar. Si estos existen con anterioridad a la relación misma, nos encontramos en el mismo lugar respecto del que partimos. Si la relación los engendra, entonces es previa a aquello que relaciona, pero tal como le ocurre a los elementos, ella no podría relacionarse con otras relaciones, con lo que nos movemos dentro de una misma problemática.

Tal como sucede con la representación, consideramos que con la crítica a la duplicidad representante-representado se echa por tierra también la de la propia sustantividad de la relación misma.

⁵ Laclau y Mouffe *op. cit.*, 170.

debe ser parte de ella. La sociedad, para no ser una totalidad, debe tener alguna forma de unidad que haga de las diferencias algo que acontezca dentro de sus propios límites. Esa diferencia interior a lo social es el antagonismo.

El antagonismo confronta, distingue. A la vez, relaciona aquello que distingue. De ahí que las fuerzas que confrontan estén, en cierta medida, en un mismo plano. Sin embargo, estas mismas fuerzas no pueden resumirse en su antagonismo, pues en ese caso su relación las consumiría convirtiendo a cada polo antagonista en un mero no-ser-el-otro. Es decir, constituyendo una suerte de totalidad en el antagonismo. Así, la lógica del antagonismo, que es la lógica de la equivalencia, no puede ser llevada a cabo absolutamente, porque eliminaría aquello que la sostiene, la distinción de las fuerzas antagónicas. Ahora bien, por otra parte, que el antagonismo sea lo que signa a lo social, aquello que lo distingue, nos obliga a pensar que lo que antagoniza no puede asumir su propia identidad fuera del antagonismo, pues de ser ese el caso, como se expuso más arriba, la fuerza que antagoniza no haría más que expresar su ser ya sustantivo en la confrontación. Pero, nuevamente, este ser sustantivo nos reenviaría a una dimensión plena anterior al antagonismo, a la cual le surgiría la misma contradicción que hemos visto desarrollarse en la instancia económica al ser representada por lo político: la necesidad de fusionarse en una unidad que las englobe. De esta manera, reiniciaríamos el círculo. El antagonismo es la lógica de lo social, lógica que consiste justamente en ser imposible de llevar hasta sus últimas consecuencias. Escriben Laclau y Mouffe:

“De ahí la ambigüedad que penetra a toda relación de equivalencia: dos términos, para equivalerse, deben ser diferentes (de lo contrario se trataría de una simple identidad). Pero, por otro lado, la equivalencia sólo existe en el acto de subvertir el carácter diferencial de esos términos. Este es el punto en el que, según dijimos antes, lo contingente subvierte lo necesario impidiéndole constituirse plenamente. Esta no constitutividad —o contingencia— del sistema de diferencia se muestra en la no fijación que las equivalencias introducen. El carácter final de esta no fijación, la precariedad final de toda diferencia, habrá pues de mostrarse en una relación de equivalencia total en la que se disuelva la positividad diferencial de todos sus términos. Esta es precisamente la fórmula del antagonismo, que así establece su carácter de límite de lo social”⁶.

⁶ Laclau y Mouffe, *op. cit.*, 173.

Lo social es el perenne intento de unir lo diferente, de clausurar el antagonismo. En esa misma medida es una forma de existencia de la negatividad, una figura real de la potencia para remitir a las fuerzas y actores sociales uno a otro, sin jamás poder operar absolutamente su mecanismo.

El valor o la forma real de engendrarse la negatividad

La exposición que Marx realiza en *El Capital* se inicia con el atributo más prosaico que las mercancías portan: son objetos útiles que sirven a las necesidades humanas, así broten estas del estómago o desciendan de las más etéreas fantasías. Por lo cual las mercancías como valores de uso son siempre distintas, y en tanto simples objetos útiles su contenido material no es índice de una forma social particular de ser producidas.

Ahora bien, las mercancías, además de ser útiles específicos, son objetos cambiables. Es decir, tienen la fantasmática capacidad de trocarse en un objeto distinto sin que opere un cambio material sobre su cuerpo. De cara a nuestro trabajo basta con advertir que la cambiabilidad da cuenta de un algo similar entre aquello a ser cambiado, pues sabemos que es imposible comparar peras con manzanas. Ese algo similar es el trabajo abstracto socialmente necesario para producirlas, trabajo que se representa en su producto material como la capacidad de éste para cambiarse.

Apenas iniciada la exposición de Marx vemos que en la mercancía ocurre algo que permite tornar equivalentes objetos radicalmente diversos. Es por eso que se nos impone el análisis pormenorizado de este movimiento, pues entendemos que *la lógica de la equivalencia no expresa más que la contradicción inherente a la mercancía como forma de organización de la producción de la vida bajo el modo de producción capitalista.*

Sabemos que las mercancías son objetos útiles y que, al mismo tiempo, tienen la aptitud de cambiarse. Como Marx reitera, por más que la inspeccionemos detenidamente, la cambiabilidad de las mercancías no asume forma material inmediata alguna. Con lo que se nos hace patente que este predicado les sobreviene a los objetos del trabajo como producto de una actividad material que les deposita su contenido, contenido tan material como la actividad que lo engendra. Es decir, del trabajo. Este trabajo tiene, entonces, un carácter doble: en tanto productor de útiles específicos es un trabajo concreto; como puro gasto de nervio y energía humana es un trabajo abstracto. Ahora bien, esto caracteriza a cualquier trabajo; ser un puro gasto de energía humana a la vez que productor de un objeto exterior que satisface alguna necesidad. La mercancía, como célula del modo de producción capitalista, tiene que asumir alguna otra determinación que dé cuenta de su especificidad.

La especificidad en cuestión, que hace al puro gasto de fuerza de trabajo humana uno que se representa en el valor que adquiere su cristalización, reside, nuevamente, en el trabajo productor de mercancías, y no es otra que la que brota del modo en el que este se realiza, es decir, de manera privada e independiente. Dice Marx:

“Estas relaciones de dependencia *materiales*, en oposición a las *personales* (la relación de dependencia material no es sino [el conjunto de] vínculos sociales que se contraponen automáticamente a los individuos aparentemente independientes, vale decir, [al conjunto de los] vínculos recíprocos convertidos en autónomos respecto de los individuos) se presentan también de manera tal que los individuos son ahora dominados por *abstracciones*, mientras que antes dependían unos de otros. La abstracción o la idea no es sin embargo nada más que la expresión teórica de esas relaciones materiales que los dominan”⁷.

Es decir que la forma general de intercambio entre el hombre y la naturaleza, el puro gasto de fuerza de trabajo humana, sólo aparece como la capacidad de cambiar un objeto por otro, sólo se representa como valor, cuando este trabajo se realiza de manera privada e independiente. La equivalencia entre objetos concretos, útiles y específicos

Marx, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (borrador), 1857-1858, (Grundrisse)* Tomo I, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1988, 91.

sólo tiene lugar por ser descargado el trabajo que los produce sin tener los productores vínculo social directo alguno. Por eso Marx afirma que las abstracciones se adueñan del proceso de vida social, pues ya la abstracción del trabajo, su mera indiferenciación, no es una propiedad que compartan los productores en su intercambio con la naturaleza sino que ahora esta propiedad de todo trabajo es la forma social de vincularse sus productos como cambiables. No se trata de que una propiedad universal se especifique en el trabajo productor de mercancías sino que, por el contrario, sólo con el trabajo productor de mercancías esta determinación abstracta del trabajo humano rige la organización de la descarga de la fuerza de trabajo de la sociedad, es decir, asigna, como valor, las formas concretas específicas en las que tomará cuerpo el gasto total de trabajo de la sociedad. Dice Marx:

“El producto del trabajo es objeto de uso en todos los tipos de sociedad, sólo en una época históricamente dada de progreso, aquella que ve en el trabajo invertido para producir un objeto de uso una propiedad “materializada” de ese objeto, o sea su valor, se convierte el producto del trabajo en mercancía”⁸.

El producto del trabajo bajo el modo de producción capitalista adquiere la forma de mercancía por realizarse como trabajos privados e independientes. Es decir, teniendo que decidir cada productor cómo descargará su cuota de fuerza de trabajo careciendo de vínculos que organicen esta descarga antes de ser realizada.

Como los productos del trabajo llevan su pellejo al cambio se ven necesitados de encontrar a un par que los pruebe como valor, que manifieste en su cuerpo, el del equivalente, la cualidad de valor de los objetos que en él se espejan. Es esto lo que hace de la mercancía que funciona como cuerpo en el que el valor de la primera se mostrará, el equivalente. Lo que se pone de manifiesto entonces es que el intercambio mercantil hace de una de las mercancías la inmediata representante del trabajo de la sociedad, la que en sí misma ya forma parte del conjunto de los trabajos útiles que producen los valores de uso que el entramado de individuos necesita para reproducirse, hecho este

⁸ Marx. K.: *El Capital*, Tomo I, Vol. 1, México, Siglo XXI Editores, 1973, 28.

que es justamente la negación de la mercancía como forma de organizar el trabajo social. Esto es, la mercancía, o el trabajo social hecho como conjunto de trabajos privados e independientes, pone a una de sus especies, el trabajo productor del equivalente general, como uno que es inmediatamente intercambiable por cualquiera, como trabajo directamente social. El trabajo que se tiene que mostrar como efectivamente útil para otro en su objetivación, engendra la necesidad de que una de sus formas concretas sea la negación absoluta de sí mismo.

Tenemos aquí todos los elementos para mostrar que la lógica del antagonismo no es otra que la de la mercancía, pero puesta como inherente a toda forma social.

El antagonismo como contradicción inherente a la propia mercancía

Retomemos los términos de Laclau y Mouffe. Bajo la forma de equivalente se tornan conmensurables las mercancías. Es decir, en el equivalente se muestra que poseen una característica común: ser productos de trabajos hechos privada e independientemente. Cada mercancía, se convierte de este modo en un momento de la descarga total de la fuerza de trabajo de la que dispone una sociedad determinada. Por lo que podríamos tratar al mercado, al cambio entre mercancías, según la expresión de Laclau y Mouffe, como cierta forma de totalidad, que permite a cada mercancía mostrarse como momento de la producción y del consumo sociales. Pero, recordábamos, las mercancías no adquieren su estatuto en el cambio sino que, por el contrario, los productos del trabajo van al cambio por llegar al mundo como mercancías⁹. Con lo que pareciera ser pertinente pensar que las mercancías vienen al mundo como momentos pertenecientes de suyo a una totalidad que les asigna su lugar, que al tornarlas conmensurables las convierte en porciones del trabajo social. Pero, justamente, las mercancías son la negación de esta posibilidad. La mercancía tiene pendiente su comprobación como parte

⁹ Dice Marx “las propiedades de una cosa no surgen de su relación con otras cosas sino que, antes bien, simplemente se activan en esa relación”: Marx. K.arl, *El Capital*, cit., 71.

del consumo social hasta conseguir en el cambio alguien que certifique la condición que porta: la de ser valor. Y, a la vez, va al cambio porque es una mercancía, porque es el producto de un trabajo que desconoce su necesidad hasta encontrar en el mercado al equivalente general que lo compruebe como porción necesaria del gasto de trabajo abstracto de la sociedad. Con lo que la mercancía, por ser tal, es imposible de mostrarse como momento de la descarga necesaria de fuerza de trabajo social en el acto en el que esta se realiza. Dice Juan Iñigo Carrera:

“el trabajo social produce mercancías cuando es realizado de manera privada e independiente, o sea, cuando no existe una relación social directa que lo rija. Para que el valor pudiera expresarse en cantidades de su sustancia, en tiempos de trabajo, las mercancías deberían ser el producto de un trabajo regido de manera directamente social. Pero, entonces, ya estaría resuelto de antemano el problema que la forma de mercancía viene a resolver. Esto es, la capacidad total de trabajo de la sociedad ya se habría asignado bajo las distintas formas concretas útiles de este”¹⁰.

La mercancía tiene valor porque su condición la obliga a necesitar mostrarse en el cambio como momento de una totalidad. En el momento en el que el trabajo la produce, este trabajo es aún, en la lógica del antagonismo, un mero elemento, una porción que no ha sido puesta en una cadena equivalencial. Pero, al mismo tiempo, este parcial elemento puede luego demostrarse como momento o afirmarse nuevamente como elemento, en caso de no ser comprada o vendida, reconociéndose así que el trabajo concreto específico que la produjo se descargó para cristalizarse bajo un modo innecesario para la sociedad.

Bien podría objetarse a nuestra argumentación que cualquier elemento, en la exposición de Laclau y Mouffe, puede engarzarse para constituirse en momento, con lo que, no es eso lo que caracteriza a un elemento como tal. Es decir que el hecho de poder demostrarse la mercancía a posteriori como momento del trabajo social no la convierte en un elemento, en términos de *Hegemonía y Estrategia Socialista*. Pero no hay que

¹⁰ Iñigo Carrera, Juan, *Conocer el capital hoy Usar críticamente El Capital*, Buenos Aires, Imago Mundi 2007, 54.

perder de vista que la forma de privado e independiente que toma el trabajo bajo el modo de producción capitalista es la organización social que lo rige. Es decir, que la sociedad es este vínculo, es el valor mismo. La totalidad es una que no se demuestra directamente como tal sino que pone fragmentos que son incapaces de mostrarse como parte de ella. Es una totalidad que es tal en el ser incapaz de sintetizar cada elemento como momento. Visto desde otro ángulo, es una fragmentación que es necesaria y que, por lo tanto, cobra la forma de la unidad en el cambio, cambio que -como hemos insistido- no crea la fragmentación de los distintos trabajos concretos útiles, sino que es una consecuencia de ella.

Tal como indican Laclau y Mouffe, la sociedad es imposible, la totalidad, bajo el modo de producción capitalista, es inasible. Lo es porque, como se ha reiterado aquí, los trabajos concretos no son como tales momentos de una descarga de la suma del trabajo social al momento de ser realizados. Es decir, los productores directos no saben si sus productos son necesarios cuando los producen. En ese sentido, la equivalencia entre los trabajos es una que no se puede realizar plenamente. En los términos revisados más arriba, las fuerzas antagónicas no pueden simplemente contraponerse como tales, pues su determinación no las convierte en conmensurables inmediatamente. Es decir, no hay "simple antagonismo inaugural"¹¹, sino que éste ocurre en el acto de cambio, en el que valores de uso distintos se conmensuran, pasan a equivalerse. Pero, inversamente, todas las mercancías nacen para ir al cambio, con lo que está en su cuerpo, inmaterialmente, su equivalencia con el resto de los productos del trabajo.

La manifestación más cruda del valor como equivalencia, es decir, el trabajo abstracto puesto como la relación social general históricamente determinada, es el dinero. Este es la expresión directa de la equivalencia general, la posibilidad de tornar en momento cualquier elemento, cualquier trabajo concreto. Así, en el dinero tenemos delante una forma de cierre social general. Es decir, la posibilidad de equivalenciar cualquier elemento.

¹¹ Tan es así que es una imagen recurrente bajo el modo de producción capitalista la contraposición de alimentos pudriéndose frente a masas de gente hambrienta. Esto muestra que hay mercancías incapaces de mostrarse como parte del trabajo socialmente necesario, con la determinación histórica que éste tiene.

El punto en el que el argumento de Laclau y Mouffe muestra más profundamente la realidad de la mercancía es aquel en el que los autores señalan que ni la sociedad puede clausurarse ni la diferencia puede establecerse como definitiva. Decimos que así lo hace porque, efectivamente, el mercado es a la vez la afirmación y la negación de la lógica de la equivalencia. Es la afirmación porque obliga a todas las mercancías a mostrarse como simple gasto de fuerza de trabajo humana, como trabajo abstracto indiferenciado y por lo tanto, como equivalente una a otra. En ese sentido, constituye una forma de totalización. Sin embargo, si se realizara como totalización, como señalaba Iñigo Carrera, entonces se superaría a sí mismo, pues el mercado rige justamente por no haber vínculos sociales directos entre los productores en el momento de realizar su trabajo. El mercado es una forma de totalidad que obliga a convertir ciertos momentos en elementos, pues hace de las partes que la componen unas que no se reconocen como momentos cuando son engendradas. En términos hegelianos, se trata de una totalidad mediata, compuesta de momentos que se muestran como lo contrario de lo que son, es decir, una totalidad signada por la negación. En términos de Laclau y Mouffe, se trata de una totalidad irrealizable.

Pero, por otro lado, el mercado es también una pura diferencia incapaz de sustantivarse como tal pues, como hemos insistido, no es que las mercancías se afirmen como tales para luego acudir al mercado. Las mercancías son tales porque ponen al mercado al que ir; porque se desdoblan en la necesidad de mostrarse equivalentes como su cualidad más íntima. Es decir que las mercancías nacen como elementos obligados a comprobarse capaces de realizar el tránsito a momentos, con lo que su estatuto las pone como antagónicas desde que nacen, e incapaces de afirmarse fuera del antagonismo. Un hecho que nos plantea el problema de que si el mercado es una totalidad irrealizable, es al mismo tiempo una diferenciación incapaz de completarse.

Conclusiones:

De la presentación que hemos realizado bien podría desprenderse que la lógica del antagonismo y el desarrollo de Marx en el primer capítulo de *El Capital* constituyen simples analogías, con lo que el argumento bien podría concluir en un discreto mutuo enriquecimiento de ambos enfoques. Consideramos que hacer esto violentaría las intenciones de ambos planteos.

El desarrollo de Marx muestra que la mercancía es un producto históricamente determinado. Es decir, es una forma específica de organizarse el trabajo social. Por el contrario, Laclau y Mouffe plantean al antagonismo como lógica de lo social, vigente para cualquier tipo de sociedad. Si partimos de la historicidad de la mercancía, entonces no podemos tomar el planteo de *Hegemonía y Estrategia Socialista* como uno que simplemente expresa el discurrir de los vínculos humanos. Más bien debemos concebirlo como una naturalización de ciertos efectos engendrados por el modo de producción capitalista. Contamos para ello con el desarrollo de Lucio Colletti (por no decir con el del propio Marx), que recuerda que la inversión que el modo de producción capitalista produce es absolutamente real, y por tanto es igualmente necesaria que esta inversión se le aparezca a los hombres como invertida. Es decir, que el capital se presente como trans-histórico.

A los fines del presente trabajo, y como decíamos más arriba, para evitar la aséptica comparación, optamos por manifestar que sólo a través del desarrollo de Marx podemos pensar la necesidad del de Laclau y Mouffe y no a la inversa¹². Pues este último aparece como la abstracta lógica de lo social, no pudiendo dar cuenta del porqué de su discurso ni de la teoría de Marx. Por el contrario, consideramos que el planteo de Marx es capaz de dar cuenta de sus propias condiciones de producción y surgimiento. Ese gesto lo

¹² La mera capacidad de explicar una teoría por otra se presta a los antojos de turno: un racista puede explicar una teoría simplemente como expresiva de la debilidad o fortaleza de cierta raza, construyendo un argumento circular y entregándose así al tribunal de Popper. Esto no hace más que probar que la inteligibilidad de una teoría a partir de otra no es índice necesario de su superioridad explicativa.

convierte en una teoría tan histórica como demuestra que es su objeto, encontrando así en él su propia historicidad.

El presente escrito constituye una aproximación a una preocupación que lo engloba, a saber, la de la historicidad de la teoría social. En ese marco, entendemos al aporte de Marx como el más preciso y fértil para atender a esta preocupación. Al permitirnos situar el espacio que le corresponde al discurso que versa sobre el modo de producción capitalista, enmarca la lógica del antagonismo propuesta por Laclau y Mouffe. De ese modo, entendemos, le permite desplegar su inmenso potencial analítico.

Bibliografía

Colletti, Lucio. *El marxismo y Hegel*. México: Grijalbo, 1977.

Iñigo Carrera, Juan. *Conocer el capital hoy Usar críticamente El Capital*. Imago Mundi: Buenos Aires, 2007

Iñigo Carrera, Juan. *El Capital: Razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*. Imago Mundi: Buenos Aires, 2004.

Laclau, E. y Mouffe, Ch. *Hegemonía y Estrategia Socialista*. FCE: Buenos Aires, 2011.

Marx, Karl. *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (borrador), 1857-1858, (Grundrisse)* Tomo I. Siglo XXI Editores: Buenos Aires, 1988.

Marx, Karl. *El Capital*. Tomo I. Siglo XXI Editores: México, 1973.

Mouffe, Chantal. *En torno a lo político*. FCE: Buenos Aires, 2007.

Sohn Rethel, Alfred. *Trabajo intelectual y trabajo manual*. Ediciones 2001: Colombia, 2001.